

EL TEATRO CUYÁS (II)

De circo de variedades a moderno cine de líneas racionalistas

Las artes musicales y teatrales se complementaron en su escenario con el Séptimo Arte, tras el incendio acaecido en el Teatro Pérez Galdós en 1918



*Interior de la antigua galería del Cuyás
(Archivo de la FEDAC)*

FERNANDO BETANCOR

El desafortunado siniestro sufrido en 1908 por el Circo Cuyás terminó con una etapa de su historia e inició otra en la que el Séptimo Arte ostentó un absoluto protagonismo. A los pocos meses del incendio el arquitecto Fernando Navarro confeccionó dos anteproyectos que debían de servir de pauta para la edificación del nuevo circo. El primero consistía en un trazado de teatro cerrado en el que se seguía la línea arquitectónica habitual en este tipo de inmuebles. Sin embargo, el segundo era un diseño dominado por un salón semiabierto rodeado de jardines con la posibilidad de alojar toda clase de espectáculos. Mientras se decidía qué modelo elegir, hecho que nunca se produjo, fue construido un circo provisional que, inaugurado el 20 de diciembre de 1908, actuó como alternativa a los espectáculos existentes en aquel momento en la ciudad.

El cine volvió a este provisional Cuyás en 1910. En esta ocasión regresó con una notable mejora. El 13 de enero fue presentado ante el público capitalino el cinefono, consistente en la combinación de un cinematógrafo y un fonógrafo. Fue presentado como un aparato nunca visto en Las Palmas de Gran Canaria, pero lo cierto es que meses antes había sido exhibido en el Pabellón Colón, local de espectáculos instalado en la misma ciudad.

Una vez finalizadas las sesiones del cinefono se constituyó una sociedad que se planteó como único objetivo reedificar el circo, empleando el cemento armado como material constructivo con la finalidad de que no siguiera los pasos de su predecesor. Mientras este proyecto era ultimado, la empresa continuó utilizando el circo provisional en el que el cine hizo acto de presencia una vez más el día 21

de abril de 1910. Finalmente, el nuevo circo reformado, cuyo amplio escenario fue decorado por el pintor Néstor Martín Fernández de la Torre, acogió el cinematógrafo el primer día del mes de septiembre de 1910. A lo largo de la nueva década el Séptimo Arte continuó presente en el Cuyás, si bien todavía se mostraba como complemento de actuaciones teatrales o musicales. Este comportamiento fue habitual hasta el final del decenio, sobre todo desde el momento en que el incendio padecido por el Teatro Pérez Galdós en 1918 privó a la ciudad de su primer coliseo, adquiriendo el Circo de la calle Viera y Clavijo todo el protagonismo escénico. El año 1930, con la llegada del sonido a los cinematógrafos, dio comienzo un nuevo episodio en la Historia del Cine y, por lo tanto, también en la exhibición cinematográfica en la capital grancanaria. A lo largo de los meses de septiembre y octubre de 1930 la empresa Exclusivas Plaja presentó, temporalmente y de manera promocional, en la sala del Circo Cuyás el primer aparato sonoro instalado en Las Palmas de Gran Canaria, revelándose esta primera y exitosa toma de contacto como un anticipo de los



sonoros nuevos tiempos. La irrupción de esa nueva realidad impulsó a los propietarios del local a poner en marcha una nueva transformación del mismo. Así, con la proyección de las películas *Trípoli* y *El primer beso*, el 18 de octubre de 1931, se produjo el final definitivo de

la historia del antiguo Circo Cuyás, dando paso al comienzo de la trayectoria de un nuevo local de espectáculos que abandonará la antigua denominación de *circo*, convirtiéndose en un verdadero *cine*. No obstante, mantendrá su emblemático, histórico y célebre *Cuyás*,

como homenaje a aquel decimonónico establecimiento, y posiblemente por razones empresariales, puesto que era un nombre que ya formaba parte de la mentalidad colectiva.

El Cine Cuyás, promovido por Domingo Pérez Medina, fue proyectado en el año 1931 por el arquitecto grancanario Miguel Martín Fernández de la Torre, presentando las sobrias y severas líneas arquitectónicas racionalistas aplicadas por el facultativo en esta etapa. El nuevo inmueble fue diseñado para ocupar el mismo solar interior sobre el que hasta entonces había permanecido instalado el antiguo circo. Por lo tanto, quedaba aislado de la vía pública por un edificio ecléctico de tres plantas que, aunque proyectado en 1924 por el propio arquitecto, quedó inconcluso. Tras este inacabado edificio fue erigido uno de los cinematógrafos más importantes y célebres de la capital, convirtiéndose desde su inauguración en la medida de los restantes, al considerarse el primer *cine moderno* de la urbe. Esta *...orgía de arte y armonía...* en la que *...Miguel*



Sala del Cine Cuyás
(Archivo de la FEDAC)

Martín se ha superado a sí mismo..., como hacían referencia al mismo las crónicas de la época, fue inaugurado, tras superar una jornada de huelga que afectó a los empleados de locales de espectáculos, el día 1 de marzo de 1933. El público asistente, además de contar con la posibilidad de disfrutar con cintas tales como *El último varón de la tierra* o un *Noticiero Fox*, tuvo la oportunidad de recrearse ante las espléndidas instalaciones del nuevo local. Un amplio y sobrio vestíbulo, dominado por mármoles negros, espejos y vitrinas de exhibición, daba paso a una sala con cabida para 640 espectadores, 40 de ellos acomodados en 8 palcos independientes situados frente a un escenario, sobre el que permanecía instalada la pantalla de

proyección. El emplazamiento de la pantalla fue calculado con sumo cuidado, ante todo por el hecho de que el Cuyás contaba, no sólo con un anfiteatro de 360 butacas sino con un palco general en el que podían acomodarse 160 espectadores, tratándose del primer salón de proyecciones que poseía un perfil tan complejo en la ciudad. El tratamiento de la acústica fue uno de los grandes retos a los que se enfrentó el arquitecto, solucionándolo por medio del empleo de materiales especiales como cartón o celotex-tapizel, y eludiendo los planos en los paramentos truncándolos por medio de diedros o curvas. Un aparato de proyección *Klangfilm*, que reproducía una perfecta armonía sonora, hacía el resto. Las citadas condiciones, así como

la rotunda *modernidad* de sus sobrias líneas arquitectónicas, hicieron del Cine Cuyás -tal como afirmaban los críticos de la época-, *...un teatro modelo...*, un *...templo digno del dios Cinema...*

Aunque la inauguración del Cine Cuyás auguraba el floreciente inicio de una etapa de auge para la exhibición cinematográfica, con el estallido de la Guerra Civil en 1936, ésta experimentó una notoria ralentización. Las proyecciones cinematográficas no desaparecieron. Sin embargo, las películas-reportajes, en las que se presentaba el avance de las tropas nacionales en el frente de batalla, rodaron por la práctica totalidad de las pantallas insulares. Del mismo modo, se



Cafetería del Cine Cuyás
(Archivo de la FEDAC)

UNA PEQUEÑA ANÉCDOTA DEL CUYAS DE ANTES

organizaron sesiones con carácter benéfico, a través de las que los empresarios cinematográficos contribuían al sostenimiento del ejército nacional. Entre esas funciones, la celebrada el 13 de agosto de 1936 en el Cine Cuyás adquiere un especial significado, no sólo por las películas proyectadas -cedidas gratuitamente por los representantes de Cifesa, César Dunant, y de Paramaunt, Bartolomé Guerrero- sino por el hecho de que el local ofreció a los espectadores una imagen poco habitual. El numeroso público asistente que acudió a socorrer al ejército que "...se ha ofrendado para salvar a España de las garras del Comunismo...", asistió a la proyección en un local decorado con los colores de la enseña nacional, en evidente despliegue propagandístico, recaudándose 3.210 pesetas.

Los propietarios del Cine Cuyás siempre demostraron una dinámica predisposición a incorporar todo tipo de mejoras e innovaciones técnicas, con la finalidad de no perder el lugar de honor que habían ostentado en el horizonte de la exhibición cinematográfica. De esta manera, en julio 1936 el salón de la calle de Viera y Clavijo fue el marco adecuado para dar a conocer, con gran éxito de público, la audioscopia, precedente de las proyecciones en tres dimensiones. Asimismo, las reformas arquitectónicas no se hicieron esperar. En 1958 fue reparada la techumbre de la sala, precedente de la reforma profunda emprendida a mediados de la década de los sesenta.

MARÍA DOLORES DE LA FE

Actuaba la compañía del actor Pepe Romeu. En un principio, el éxito estuvo asegurado; seguramente se debía a la natural novelería del público de entonces, tirando a *pachorriento* más que a verdadero interés por el teatro, salvo las honrosas excepciones de siempre.

Bueno, por lo que quiera que fuese, la realidad no podía ser menos alentadora: apenas cubrían gastos, lo que significaba que la taquilla necesitaba urgentes inyecciones de tónico económico. Alguien del ámbito del Cuyás sugirió a Pepe Romeu una idea que pareció luminosa: ¿Por qué no ponen en escena el eternamente atractivo Tenorio? Fue aceptada la sugerencia, no sólo por la esperanza última de agarrarse al tópico clavo ardiendo, sino también porque como la compañía incluía en su repertorio la sempiterna obra de Zorrilla, para salvar la apurada situación económica, apenas necesitaron requilorios de decorado, ensayos, etc. para anunciarlo a bombo y platillo.

En efecto, el Cuyás, la noche del estreno estaba lleno lo que se dice hasta la bandera. Señoras emperrojadas hasta más allá de sus posibilidades efectivas; caballeros estrenando corbata; jovencitas con sobrecarga de brillantina en sus repeinadas cabelleras... en fin, panorama absolutamente halagüeño, incluso desde el punto de vista taquillero.

Y empieza la función. Todo iba bien. Hasta la gente que abarrotaba el gallinero (que, según tradición teatral, solía ser la más entendida en el tema, pero al mismo tiempo la más temible, porque no dudaba en manifestar a gritos su sincera opinión, así sobre la marcha), hasta ese público, digamos *elevado*, permanecía en elocuente silencio.

Pero... llegó una escena cumbre, cuando Don Juan intenta levantar en sus brazos a Doña Inés. Ni dando *pujíos* conseguía su teatral empeño. (Romeu ya no era un mozo, todo hay que decirlo). En medio de un silencio sobrecogedor, uno de esos silencios que hay quien afirma que podía cortarse con un cuchillo, Don Juan hizo un último intento de cargar con la aspirante a monjita... Nada. Imposible. Y entonces, atravesando, vibrante como un dardo, aquel impresionante silencio, brotó del gallinero una potente voz en ayuda de Don Juan, aconsejándole con el más puro acento canario: ¡*Chaacho...!* ¡*Llévala de dos ves...!*

Edificio y patio del Teatro Cuyás
(Archivo de la FEDAC)

